

EL AMERICANO FIEL. UN EPISODIO DE LA CAZA DE BRUJAS

Manuel Toribio García
Profesor de Geografía e Historia

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Casa de brujas.
Guerra fría.
Exilio.
Ecuador.
Posguerra.
Latinoamérica.

En 1953, Juan Leese Gorrell, funcionario de la Embajada de Estados Unidos en Francia, es sometido a un interrogatorio por supuestas afinidades con el Partido Comunista, al haber concedido en su anterior destino en Quito (Ecuador) unos visados a unos estudiantes de ese país que marchaban becados a los Estados Unidos y de los que si había sospechas fundadas. Se trata del yerno del historiador y político cordobés Antonio Jaén Morente.

ABSTRACT

KEYWORDS

Cold War.
Witch Hunt.
Ecuador.
Spanish Republican exiles.
Latin America.

In 1953, Juan Leese Gorrell, a diplomat assigned to the American Embassy in Paris, was suspected of belonging to the Communist Party on the grounds that when he was previously assigned in Quito, Ecuador, he had given some students visas to the United States. It was claimed that the grant given to the students was suspicious. He is the son-in-law of the Cordoba historian and politician Antonio Jaén Morente.

En las Navidades de 2019, Cristina Von Zeppelin, nieta del historiador y político cordobés Antonio Jaén Morente, me comunicó un interesante hallazgo en el archivo familiar que ella custodia en su casa de Fairfax (Virginia).

Se trata de una declaración de su padre, el diplomático norteamericano Juan Leese Gorrell, efectuada en la Embajada de su país en París (Francia), donde prestaba sus servicios, para ser remitida al Departamento de Estado sobre sus posibles vínculos con comunistas durante una estancia anterior en Ecuador. Está fechada el 5 de mayo de 1953, en plena época de la caza de brujas fomentada por el

senador McCarthy y el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes contra todo aquel sospechoso de izquierdismo, que no solo se cebó con los intelectuales (escritores, guionistas, actores, directores de teatro y cine, etc.) sino también con los funcionarios —solo en 1950 más de 200 del Departamento de Estado fueron investigados al ser considerados sospechosos—. Sin embargo, el mundo del cine fue el que más problemas tuvo, ya que había una sensibilidad ante los problemas sociales en muchas de las personas que a él se dedicaban y que aún creían vivir en el propicio clima del *New Deal* de Roosevelt. Ahora la situación había cambiado y, tras la guerra mundial, se había generalizado un ambiente de miedo y rechazo al comunismo.



Sobre Primer Día de emisión de 1948 de los sellos de Correos de Ecuador dedicados a Roosevelt.

Fue una auténtica cruzada anticomunista, en plena guerra fría, cuando una ola de conservadurismo se extendió por Norteamérica coincidiendo con la presidencia del demócrata Truman y, sobre todo, con la del republicano Eisenhower. Una violenta purga sacudió Hollywood entre 1947-1953, lo que supuso además la pérdida de sus talentos más valiosos. El maccarthysmo era una más de las variantes que puede presentar la ideología fascista en una sociedad de capitalismo avanzado dotada de unos mecanismos democráticos excesivamente vulnerables y manipulables por parte de poderosos grupos de presión financiera, militar y ultraconservadora,

como muy bien ha acertado a señalar Román Gubern en su libro sobre estos años tan tristes¹.

Retengamos el nombre de uno de los máximos colaboradores de McCarthy, Richard Nixon, futuro vicepresidente con Eisenhower, competidor de Kennedy en las elecciones de 1960 y futuro presidente que terminaría siendo destituido por sus sucios manejos.

Los derechos civiles de muchos ciudadanos, en la mayoría de los casos sin que hubiera pruebas suficientes, fueron suspendidos para salvaguardar la seguridad nacional. Delaciones, testimonios forzosos, represión, encarcelamientos, pérdida de puestos de trabajo, carreras artísticas de gran relieve truncadas en su mejor momento..., en fin, mucho sufrimiento.

Es en este ambiente, cuando Juan Leese Gorrell es acusado de haber facilitado unos visados para unos jóvenes izquierdistas, líderes del movimiento estudiantil ecuatoriano, que habían sido becados por el gobierno de su país para estudiar en los Estados Unidos de América.

Nuestro hombre había nacido el 22 de enero de 1910 en Florencia (Italia), de madre inglesa y padre norteamericano, cantante de ópera. Dominaba el italiano, el español, el francés y el portugués. Tras su formación en EE.UU., en 1933, se instaló en Quito (Ecuador) para trabajar en la empresa Reed & Reed, dedicada a la importación de material de oficina y radio, aunque, como su auténtica vocación era de tipo cultural, se dedicaba a recopilar música popular de la población india y a grabarla en discos para RCA Víctor.

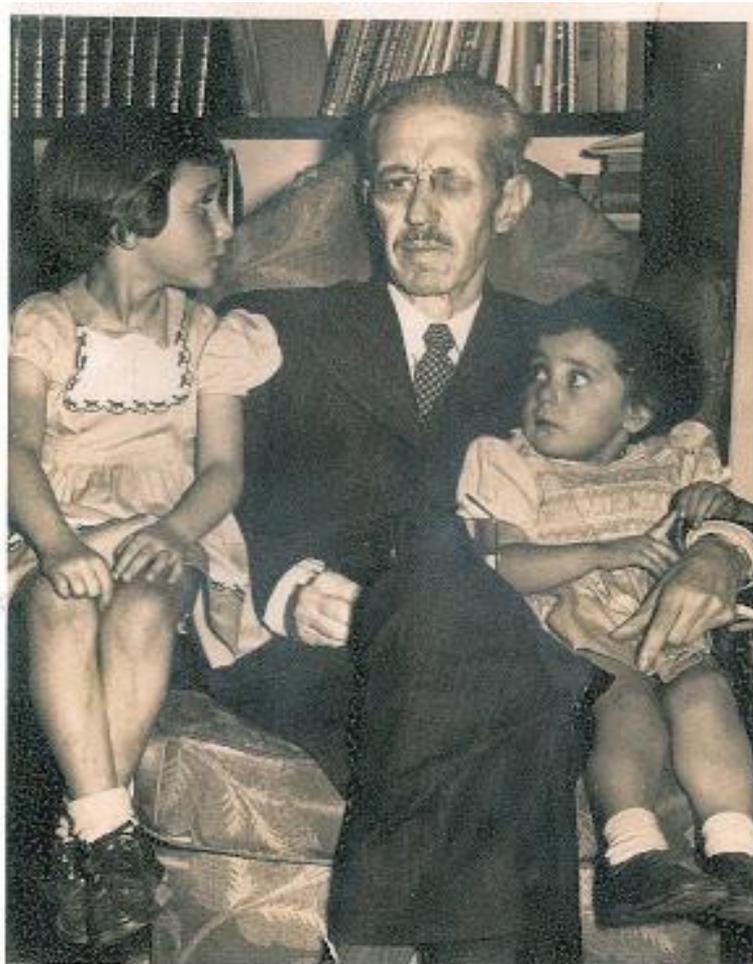
En 1942, por su buen conocimiento del idioma, el español hablado en Ecuador, y por sus vínculos locales, comenzó a trabajar en la Legación norteamericana en la Sección Comercial de la misma. En seguida, pasó a formar parte del llamado Comité Interaliado formado por representantes de los países que luchaban contra el fascismo italiano, el nazismo alemán y el imperialismo nipón. Especialmente buenas serán sus relaciones con el capitán francés Pierre Denis, de la Francia Libre y futuro ministro galo en Ecuador.

En el interrogatorio al que fue sometido, documento que se adjunta, presentó una larga relación en la que explicaba los hechos. En las conclusiones finales consta que fue exonerado de las acusaciones.

De su declaración nos interesan dos aspectos. El primero de ellos, del que nos ocupamos a renglón seguido, es el de su implicación en la historia de Ecuador en un período especialmente convulso, como fue la Revolu-

¹ GUBERN, Román: *McCarthy contra Hollywood: la caza de brujas*, Barcelona, 1974.

ción de 1944. Ante el cariz de los acontecimientos y sus buenos oficios, el Servicio Exterior norteamericano comenzó a pedirle informes sobre la situación local, lo que sobrepasaba el ámbito estrictamente comercial: pasó así a formar parte de un denominado Comité de Coordinación que mantuvo contactos y reuniones con políticos e intelectuales ecuatorianos.



Antonio Jaén Morente con sus nietas
Magdalena y Cristina en Windsor (Canadá).

Como hemos indicado, vivió la revolución que el 28 de mayo de 1944 derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río, un gobierno pro-oligárquico y altamente represor, que contaba con el apoyo de la burguesía, de

la banca y de las empresas exportadoras, sobre todo de Guayaquil². Gorrell siguió muy de cerca los acontecimientos, muy preocupado por su familia, pues en enero de 1941 había contraído matrimonio con Magdalena Jaén Domingo (1909-1988). Magdalena era la hija mayor de Antonio Jaén Morente, maestra y licenciada en Historia, ayudante de la sección de Letras del Instituto de Segunda Enseñanza de Córdoba en 1934 y maestra en Sueca (Valencia) en 1936. Acompañó a su padre en 1937 cuando éste fue destinado al Consulado General de Manila (Filipinas) y luego en 1939 marchó con él al exilio. Había dejado sin terminar en España una tesis doctoral sobre los motines estudiantiles en la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo XVI.

La llegada de la familia Jaén a Ecuador fue gracias a las gestiones del historiador y diplomático ecuatoriano José Gabriel Navarro, quien le proporcionó a Jaén Morente un puesto de trabajo en el Instituto Superior de Pedagogía e Historia de Quito y otro en la Universidad de Guayaquil. También proporcionó a la propia Magdalena una ayudantía si bien ella renunció por los incidentes en 1941 entre su padre y un profesor muy conservador, que derivaron en la dimisión de aquel. Tras una huelga estudiantil, el profesor Jaén fue readmitido, pero su hija no se reincorporó. Cuando esta contrajo matrimonio con Juan Leese Gorrell, se dedicó a la vida familiar. Muy pronto vinieron las dos primeras hijas, Magdalena y Cristina.

Juan Leese Gorrell siguió, mientras tanto, con sus investigaciones sobre el folclore indígena, lo que le llevó a un acercamiento a los sectores sociales más desfavorecidos del país. En 1944, pronunció una conferencia en la Universidad de Quito y preparó un libro que no llegó a editarse, sobre las tradiciones populares y los patrones culturales indígenas, contando con el apoyo del Servicio Exterior norteamericano. Participó también en un acto para conmemorar la victoria soviética en la batalla de Stalingrado. Al dar cuenta de su participación, indicó que lo hacía como un encargo de sus superiores y señalaba que la URSS era entonces un aliado.

Sus contactos con políticos del nuevo régimen ecuatoriano, el llamado Frente Unido, que tomó el poder tras la revolución y nombró presidente a Velasco Ibarra, fueron frecuentes y mantuvo una relación especial con varios miembros del Gabinete, que por cierto era muy heterogéneo ya que englobaba a representantes de tendencias muy distintas, desde el neofalangista Camilo Ponce del Partido Social Cristiano, al médico comunista Carlos Guevara Moreno. Sin embargo, le sorprendió la actitud de algunos

² AA.VV.: *Gran Enciclopedia de España y América*, Tomo VI, Nuestro Tiempo, Madrid, 1986.

dirigentes de la izquierda ecuatoriana: así nos da cuenta de sus discusiones con una socialista, de la que omite el nombre, que llegó a decirle que los indios no eran personas.

A principios de 1945, se marchó de Ecuador con su mujer y sus hijas, con destino al Consulado en Windsor en Ontario (Canadá), justo en frente de Detroit. El periódico *La Patria* de Quito, informó de esta partida y el director del mismo, Manuel María Polit Moreno, líder del Partido Conservador, acudió al aeropuerto a despedirlos, pues además era sacerdote y Magdalena feligresa de su parroquia.

El segundo aspecto que vamos a considerar de esta amplia declaración es la relación de Juan Leese Gorrell con su suegro, Antonio Jaén Morente³, que se estaba convirtiendo en un consumado especialista en la historia del arte hispano-colonial. Da cuenta de la trayectoria política e intelectual del mismo y trata de aclarar el episodio de la quema de iglesias y conventos en Málaga en 1931, que por error Gorrell sitúa en 1936 al estar quizás pensando en la Guerra Civil española, aunque también puede deberse a un simple error mecanográfico. El 12 de mayo de 1931, Jaén Morente, gobernador civil de Málaga, no pudo evitar la quema de varios edificios religiosos pues se encontraba en Madrid y, aunque regresó de inmediato, la situación le sobrepasó y al no poder evitarlos presentó su dimisión. Estos hechos serían utilizados posteriormente por la propaganda franquista para denostarlo e inculparlo sin fundamento. Gorrell, en defensa de su suegro, hace constar el testimonio de un jesuita que vivió los sucesos y ahora se encontraba en Ecuador, el cual exoneraba a Jaén Morente de toda responsabilidad.

También se menciona la actividad diplomática de Antonio Jaén como ministro plenipotenciario de la Legación de España en Lima (Perú) en 1933, y el mismo cargo en Manila entre 1937-1939. Nos proporciona un relato pormenorizado de la importante actividad cultural que su suegro desplegó en tierras americanas, insistiendo en cómo a su alrededor había siempre personas interesadas en sus artículos de prensa, en sus libros, en escuchar su aclamada oratoria (cursos, conferencias y todo tipo de intervenciones públicas), etc. También de la relación que tuvo con personalidades del exilio republicano, bien epistolar o bien en persona cuando fue posible (cita a Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz y Fernando de los Ríos).

Gorrell lo admiraba y se enorgullecía de la actuación humanitaria del padre de su mujer en los crueles años de la guerra española, cuando intercedió por personas de derechas, salvó la vida a familias aristocráticas como

³ AA.VV.: *Antonio Jaén Morente, hijo predilecto de Córdoba*, Córdoba, 2017.

los Marqueses del Mérito, propietarios del Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso en Córdoba sobre el cual había hecho su tesis doctoral, y facilitó la salida de España del historiador y filólogo Ramón Menéndez Pidal. Gorrell acompañó a su familia a alguno de los actos de exaltación republicana como el homenaje a Miaja en el Hotel Metropolitano de Quito. Sin embargo, la frenética actividad de Jaén Morente era vista con recelo en esos años por el personal de la Embajada norteamericana en Ecuador y por algunos sectores de la sociedad local y por la colonia franquista. Una circunstancia esta que también afectaba a su hija Magdalena que se sentía rechazada.

Jaén Morente, aunque había manifestado su renuncia a inmiscuirse en la política ecuatoriana, se reunió —que sepamos— al menos una vez, en noviembre de 1945, con diputados ecuatorianos, con motivo de que el 1 de diciembre de ese año se iba a discutir la retirada del reconocimiento al gobierno de Franco, pero esta reunión no tuvo ningún efecto. En los días siguientes, marchó a México y desde allí le escribió a su hija para decirle que había seguido los consejos de su yerno y había declinado la invitación para asistir a una fiesta en la Embajada de la URSS, para no ser acusado de confraternizar con los comunistas.



Gorrell con la familia Jaén. Quito 1943.

En su declaración, Gorrell dijo no ser miembro del Partido Comunista, ni haberlo sido antes, ni haber contribuido con su tiempo y dinero a ninguna actividad del mismo, por lo que no entendía la acusación que se le formulaba y, con respecto al hecho concreto de haber facilitado visados desde su puesto de vicecónsul para la entrada en EE.UU. de comunistas ecuatorianos, creía que podían referirse a un líder estudiantil llamado Almeida y dos compañeros suyos. Se trataba, en efecto, de un alumno de su suegro, que había conocido en la casa de este, pero aclara que en la tramitación del mismo para poder disfrutar de una beca del gobierno ecuatoriano y estudiar en EE.UU., había aplicado la estricta legalidad, indicando además que consideraba que al conocer el modelo de vida americano y su gobierno democrático, estos jóvenes olvidarían sus veleidades izquierdistas. Además, cuando firmó los visados para Almeida y sus compañeros había sido autorizado por sus superiores por lo que no creía haber contravenido ninguna disposición legal, si bien en el ambiente de paranoia que se vivía en EE.UU. en esos momentos cualquier mínimo indicio era suficiente para arruinar una vida, pues se veían rojos furibundos por todas partes.

En el informe da cuenta también de su actuación en otros casos similares, por ejemplo con el Dr. Emilio Uzcátegui, pedagogo socialista del que emitió un dictamen negativo, si bien dejando la opción de que se le admitiese bajo la Novena Cláusula. En otros casos, a pesar de que las sospechas que había las consideraba infundadas, se había mostrado inflexible.

En su defensa argumentó que, nada más incorporarse a la Legación, comenzó a colaborar con el Consejero de Relaciones Culturales, Dr. Francis J. Colligan, y fue uno de los organizadores del Centro Ecuatoriano Americano, entidad sin ánimo de lucro que aún hoy busca promover la relación entre los dos países así como facilitar el aprendizaje del inglés. Muy pronto, el cónsul general Alfred T. Nester lo transfirió a la Sección Política de la Embajada y fue entonces cuando se le pidió que informase de las actividades del Partido Comunista de Ecuador, para lo que contactó con el escritor francés, residente en Quito, Raymond Meriguet, que era el representante local de la Komintern y a través de él con el líder comunista Becerra. Si frecuentó esos ambientes fue porque el propio embajador Scotten y el encargado de negocio Gantenbein se lo pidieron.

Ecuador vivió en esos años momentos muy difíciles: en 1941 una guerra abierta con Perú por disputas territoriales, y luego, en 1944, la Revolución Gloriosa del presidente Velasco y la Alianza Democrática. A los norteamericanos les venía bien tener siempre controlada la situación, ya que tenían incluso intereses militares como por ejemplo las bases en las Galápagos y Santa Elena, cuyo principal objetivo era preservar la integri-

dad del Canal de Panamá ante un posible ataque japonés. La inestabilidad política y las tensiones sociales habían marcado la vida en Ecuador, hasta el punto de que desde 1931 a 1940 hubo catorce presidentes y la mayor parte de ellos militares. Cuando, tras los hechos de 1944, el presidente Carlos Arroyo fue destituido, José María Velasco Ibarra gobernó con un programa de seis puntos:

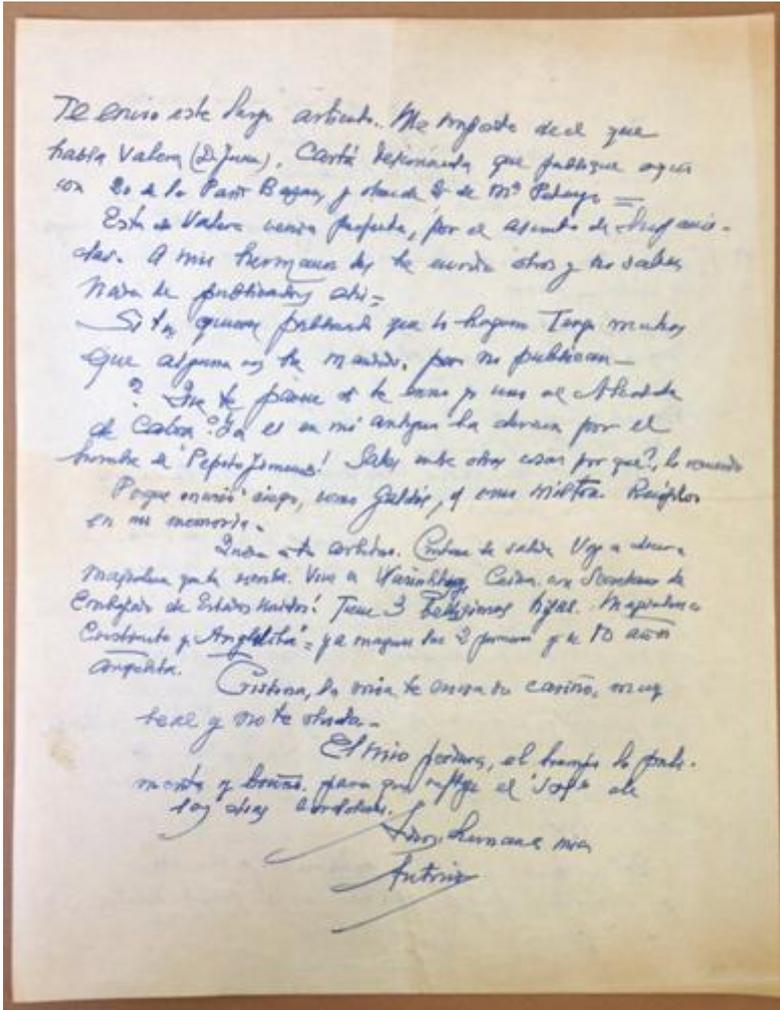
- Establecimiento de una auténtica democracia, oponiéndose tanto al fascismo como al comunismo.
- Ayudas a la agricultura y a la industria, tratando de diversificar y no depender solo del cacao.
- Cooperación con los sindicatos.
- Mejora de la sanidad.
- Reformas educativas.
- Cooperación con las demás repúblicas americanas y con la ONU.

En el momento del interrogatorio, mayo de 1953, en el mundo se vive una auténtica escalada de la llamada guerra fría, en esos momentos más caliente que nunca por la guerra que dividió Corea en dos mitades, Corea del Norte comunista y la del Sur, capitalista. Es también el momento, por acercarnos a nuestra propia historia, de los llamados Pactos de Madrid entre España y EE.UU., por los que el gobierno del dictador Franco logró vender su principal «mercancía», el anticomunismo. Por medio de ese acuerdo se cedían varias bases en España a los norteamericanos, de lo que aún sigue siendo un ejemplo vigente las bases de Rota en Cádiz y de Morón de la Frontera en Sevilla.

Entre enero de 1957 y abril de 1959, Gorrell ocupó el puesto de primer secretario en la Embajada de EE.UU. en Guatemala, un país que vivió varios golpes de estado e intervenciones por parte de los norteamericanos, como por ejemplo la de 1954, dirigida contra el gobierno de Jacobo Arbenz por haber intentado la reforma agraria y la nacionalización de la economía, lo que iba en contra de los intereses de la todopoderosa United Fruit Co, primera propietaria de tierras en el país norteamericano. Guatemala era y es un país castigado por la violencia política, donde se formaron y desde donde partieron los comandos contrarrevolucionarios que intentaron acabar sin éxito con Fidel Castro y su revolución en Cuba.

En su estancia, Gorrell coincidió con el gobierno del general Miguel Ydígoras Fuentes, que se hizo famoso al prometer que todos los días habría pollo en la olla de los guatemaltecos. En mayo de 1959, Juan L. Gorrell y su familia se marcharon a Washington D.C. porque él iba a ocupar un puesto en la Sección de Latinoamérica del Departamento de Estado.

Mientras tanto, Antonio Jaén Morente seguiría su peregrinaje cultural que le llevó a visitar impartiendo conferencias y cursos por todos los rincones de América. Por ejemplo, en 1947, con su familia norteamericana pasó dos meses en Windsor. Desde entonces, la relación sería epistolar o por otros medios. Su hija Magdalena, que adquirió la nacionalidad estadounidense, seguiría siendo incluso en la distancia un lazarillo para su padre. Gracias a ella y a sus hijas Magdalena, Cristina y Ángela se ha podido conservar el importante legado documental del político e historiador Jaén Morente.



Carta de Antonio Jaén a Angelita Romero de Torres donde le habla de su familia norteamericana.

Gorrell vivió con ilusión la llegada de J.F. Kennedy a la Presidencia y colaboró con él en la nueva política hacia Latinoamérica, que quería dejar atrás las intervenciones militares y de la CIA para fomentar como alternativa la cooperación, y frenar de modo pacífico la expansión de las ideas revolucionarias propagadas desde Cuba. Se proyectó una inversión de veinte mil millones de dólares en diez años con medidas de carácter socioeconómico, cultural y educativo. Formuladas estas iniciativas en la Conferencia Interamericana de Punta de Este (Uruguay) en 1961, encontraron eco favorable en todo el continente. Gorrell fue un colaborador directo e incluso llegó a escribir algunas de las intervenciones públicas presidenciales, según nos comenta su hija Cristina, quien además nos cuenta que en la casa familiar había una foto de Kennedy con una cariñosa dedicatoria que se perdió en una de las mudanzas familiares. Kennedy visitó San José de Costa Rica el 20 de marzo de 1963 para participar en una Conferencia con los presidentes centroamericanos e impulsar la llamada Alianza del Progreso.

Desgraciadamente el magnicidio contra Kennedy dio al traste con estas expectativas y con el nuevo presidente Johnson se volvió a la política tradicional⁴.

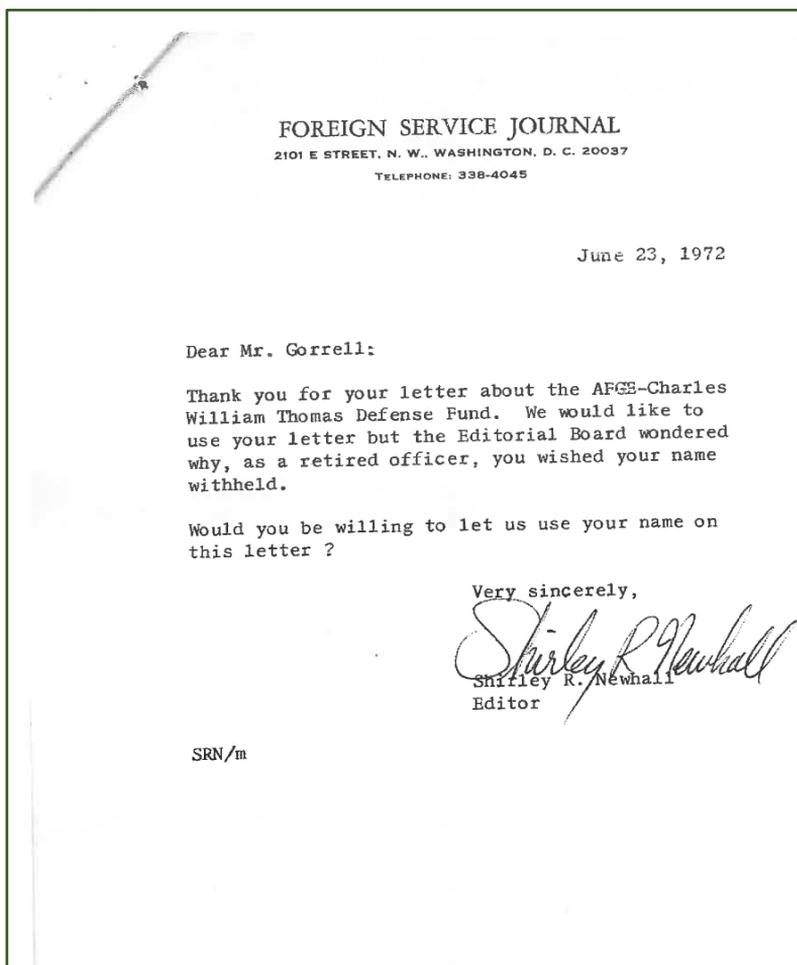
Juan L. Gorrell aceptó un nuevo destino en Europa como Primer Secretario de la Embajada en Lisboa y cónsul en Oporto. En el número correspondiente a marzo de 1964 de la revista *Foreign Service* —publicación del Servicio Exterior norteamericano con noticias y opiniones de sus funcionarios— quedó constancia de la boda que tuvo lugar el 1 de febrero de ese año de su hija Magdalena con el bodeguero inglés Bruce Duncan Guimaraens.

En 1968, dejó el Servicio Exterior y aceptó un puesto como Jefe de la Asociación Norteamericana de Venezuela en Caracas. En 1972 mantuvo un interesante intercambio epistolar con AFSA News⁵, editora del *Foreign Service Journal*, en la que hace una amarga reflexión sobre la promoción de ascensos en el Servicio y la influencia del Sindicato AFL-CIO. Como no quería que se publicaran sus opiniones con su nombre, firmó como «Un lector». Esta discreción estaba motivada por el cansancio de sentirse una figura polémica entre los diplomáticos norteamericanos y por consejo

⁴ AA.VV.: *Reseña de la historia norteamericana*. Washington, Servicio Informativo USA, 1976, pp. 186-189; Raskin, M.: *Para el expediente de la tercera guerra mundial: Vietnam*. Ed. Siglo XXI, México, 1967.

⁵ Debo el acceso a esta correspondencia a Cristina Von Zeppelin. Para ella, su padre era un hombre honrado, resultado de la tradición puritana de New Hampshire, de donde era la familia paterna.

también de su esposa. Desde la revista le insistían en la conveniencia de que dicha denuncia fuera firmada con su nombre. Así consta en una misiva de 23 de junio que reproducimos.



Más tarde, el 17 de julio, volvió a dirigirse a la Revista, remitiéndoles un largo informe, pero mantuvo el anonimato. Allí denunciaba que un miembro del citado todopoderoso sindicato AFL-CIO, que había ido a Guatemala para una actuación conjunta con el gobierno del presidente Castillo Armas, le había pedido que intercediera ante la Embajada de Guatemala en Washington para ser considerado como un funcionario estadounidense y así poder entrar en el país centroamericano con su coche privado libre de impuestos. A todo ello se negó.

Este hecho pudo ser, según Gorrell, uno de los motivos por los que su carrera profesional había quedado bloqueada, y por ello quería que se investigara. Lamentaba también el escaso interés que se había tomado el Servicio Exterior con los informes y memorándum que había hecho sobre la posibilidad de una Cuba democrática libre de Castro y sobre la forma de lograr una cierta estabilidad en Guatemala, que aún no se había recuperado del todo de las secuelas del golpe que acabó con el gobierno de Arbenz⁶.

En ese mismo informe, anunciaba su pronta llegada a Washington, después de asistir en Caracas a la boda de su hija Ángela con el sargento de la Navy, Donald Marion Larsen. De allí, regresó a Oporto, ya jubilado definitivamente, donde falleció el 29 de enero de 1986.



Juan Leese Gorrell

⁶ Una visión de la política exterior americana a lo largo de la historia en COSANO MOYANO, José: «Dos siglos de doctrinas en las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica». *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, número 43, 2002, pp. 11-32.

A pesar de que he querido limitarme a dar a conocer el interrogatorio y aportar una pequeña explicación del mismo, conforme me iba adentrando en el documento pensaba en las novelas de Graham Greene y en las películas que sobre ellas se han hecho. Creo que con la vida de Gorrell se hubiera encontrado un buen argumento para una de estas narraciones o películas, pues fue un hombre que vivió muy de cerca grandes acontecimientos históricos y que colaboró con algunos de los protagonistas de los mismos. Y fue también al mismo tiempo un fiel funcionario al servicio de los EE.UU. y un humanista interesado por los marginados, en su caso los indios, y sus condiciones de vida así como sus manifestaciones artísticas.

No se trata de un caso aislado, baste pensar en el también diplomático Alger Hiss, presidente de la Fundación Carnegie para la paz internacional, denunciado en 1948 y condenado tras un complicado proceso judicial⁷. Gorrell, sin embargo, logró salir airoso, pero puede que las sospechas sobre él fuesen la causa de que nunca, a pesar de sus méritos, se le nombrara embajador.



⁷ JUDT, Tony: *Sobre el olvidado siglo XX*. Ed. Taurus, Barcelona, 2008, pp. 289-302.

APÉNDICE

INTERROGATORIO PARA JUAN LEESE GORRELL⁸. REPÚBLICA DE FRANCIA, CIUDAD DE PARÍS, EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS

[1.] Los informes contienen comentarios críticos de carácter general de varias fuentes sobre sus supuestos contactos y asociaciones con miembros y simpatizantes del Partido Comunista durante su estancia en Quito (Ecuador), incluyendo la reivindicación que usted respaldaba y defendía con frecuencia, es decir, las solicitudes de visado de personas de las que se sabía o se sospechaba que estaban afiliadas a las actividades comunistas en el Ecuador. En sus comentarios respecto a la información previa, indique si mantuvo o no dichas relaciones o asociaciones de tal naturaleza o aquellas que estuviesen fuera de sus obligaciones oficiales, así como su actitud general sobre los partidos o grupos comunistas que hubo en Ecuador durante el período en cuestión.

Para comentar de manera inteligible las críticas y alegaciones realizadas con respecto a mis actividades durante mi asignación en Quito, Ecuador, considero conveniente el hecho de trazar un cuadro de las condiciones locales durante los años de la guerra, de mi posición en la Legación (más tarde en la Embajada) y de mi propia situación personal y familiar.

Fui contratado por la Legación en Quito a partir del 1 de julio de 1942, para sustituir al «problemático», este era un americano que, después de muchos años de servicio en el puesto, había sido ascendido y trasladado. Su ascenso había llegado en un momento extremadamente desfavorable para la Legación, cuyo personal no crecía tan rápido como sus problemas y como el volumen de tareas que se esperaba que realizara. La elaboración de la «lista negra» en sí misma hacía deseable que la Legación contara con al menos un estadounidense en su plantilla que, por su prolongada estancia en el país, pudiera ayudar a evaluar informes contradictorios en cuanto a las simpatías de los residentes locales.

Vine a Ecuador en enero de 1933 para unirme a la firma Reed & Reed, empresa dedicada a la importación de equipos, material de oficina y radios. A finales de 1936 me nombraron gerente de la sucursal de Quito, que se encargaba de grabar música ecuatoriana en los discos de Victor

⁸ Archivo particular de la familia Jaén Morente. El texto original está en inglés y ha sido traducido al español por Manuel Toribio Moreno.

RCA. Como uno de los pocos hombres de negocios americanos de la localidad, siempre había conocido al personal de la Legación. El Agregado Naval, Cmd. Greenacre, contribuyó a la creación del Comité Interaliado y me propuso que fuese uno de los dos integrantes americanos.

Gerald A. Drew, en aquel entonces secretario de la Legación, llamó a su oficina en abril o mayo de 1942, les explicó la falta de una persona con mis conocimientos y les dijo que consideraría ocupar el puesto vacante. Había concebido mi empleo con Reed y Reed como una conexión de por vida, y no tenía ningún interés en romperla. La invitación del Sr. Drew supuso un problema personal. Al final, decidí aceptarla como una oportunidad de servir a mi Gobierno de forma útil durante la guerra, y obtuve una licencia de Reed & Reed «durante el tiempo que estuve». En ese momento no se me pasó por la cabeza que el «bicho del Servicio Exterior» me mordería y que no tendría que haber vuelto a mi antiguo empleo.

Me asignaron en la Legación dentro de la Sección Comercial, bajo la dirección de Howard H. Tewksbury, Agregado Comercial; mantuve una estrecha relación personal y laboral tanto con él como con sus asistentes — Rollin S. Atwood y E. Allen Fidel— durante sus asignaciones en Quito. Sin embargo, mis funciones no se limitaban en absoluto a la redacción de informes sobre productos básicos. A menudo se me consultaba para saber cuál era mi opinión sobre asuntos locales e individuales. Además, en vista de la dificultad que había para que alguien me reemplazase en el Comité de Coordinación y el Comité Interaliado, me adoctrinaron para que continuase trabajando con ellos.

En mi opinión, el hecho de que siguiera asistiendo a las reuniones del Comité Interaliado contribuyó a que me retirara paulatinamente de mi gran círculo de amigos ecuatorianos. Los rumores locales me acusaban, por haber sido miembro del Reed & Reed con licencia solo durante el período de guerra y de haber influido en la «lista negra» de antiguos competidores y socios comerciales. Las supuestas bajadas o inconvenientes a manos de la Legación también se atribuyeron a menudo a mi influencia, o se me culpó por no conseguir atenciones especiales para viejos conocidos. Los numerosos ecuatorianos que, en 1943, protestaban por sus sentimientos pro estadounidenses pero que recordaban haber hecho lo contrario en mi presencia no muchos meses antes, se resintieron de mis lazos oficiales. Habría sido peor que inútil protestar porque siempre traté de ser escrupulosamente justo y de mantener a las «personalidades» fuera de mi trabajo. Al poco tiempo de haber ingresado en la Embajada, comprobé que mis lazos con la «sociedad» ecuatoriana, en la que había sido muy activo, se

iban haciendo cada vez más distantes y cada vez me involucraba más en la compañía social de mis colegas de la Embajada y de la creciente colonia americana.

Por otra parte, las actividades del Comité de Coordinación me pusieron en contacto semioficial con un sector de la población con el que no había tenido prácticamente ningún contacto amistoso previo: los «intelectuales». Esto puede parecer contradictorio en vista de mis actividades musicales durante mi estancia en Reed & Reed, pero el hecho es que, en el Ecuador, los músicos populares, lejos de ser considerados intelectuales, suelen ser considerados como un tipo bajo de vagabundos. En realidad, mi promoción de la música popular me había puesto en conflicto con «intelectuales» de mentalidad social, varios de los cuales habían denunciado en la prensa que, al poner a disposición la música nativa nostálgica en forma grabada, estaba aumentando la embriaguez entre los indios y los pobres. Esta controversia me había perturbado porque me convertía en una figura controvertida, y había visto en muchos ejemplos de extranjeros controvertidos —particularmente como los que se involucraban en la política o ideologías locales— que habían sido expulsados repentinamente de este país.

En el Comité de Coordinación, me pusieron en contacto con Ellis A. Bonnet, Segundo Secretario de la Legación y supervisor del Comité, y con el Dr. Francis J. Colligan, Consejero de Relaciones Culturales. Con este último en particular, participé de forma activa en la planificación de programas y en la organización del Centro Ecuatoriano Americano. Entre todos nos esforzamos por entender y distinguir entre los pequeños matices ideológicos que separan a los «intelectuales» ecuatorianos. Creo que cualquier persona que conozca América Latina estará de acuerdo en que la evolución política e ideológica de los intelectuales hispanoamericanos es muy a menudo tortuosa y complicada. En sus años de universidad, y a ocasiones incluso antes, se puso de moda el sentirse muy concienciados con la política. Algunos son militantes de la derecha. Con mayor frecuencia toman el camino de la izquierda, el cual que suele ser más entretenido, especialmente cuando un gobierno que no es de izquierdas está en el poder, porque da más margen para el ruido y la violencia ocasional. En Ecuador, algunos se unen al Partido Comunista (antes de 1945 este extremismo era más común en Guayaquil que en Quito), mientras que otros se convierten en socialistas que hacen alarde de su «marxismo» mientras repudian el leninismo y el estalinismo. Pocos universitarios ecuatorianos se conforman con mostrar apego por la política de medio camino. En cualquier caso, mostrar una política salvaje rara vez perjudica el futuro de un latinoamericano. Ecuador, cuando yo vivía allí, estaba lleno de pilares de

respetabilidad. Un hombre al que el Sr. Colligan llegó a respetar como uno de los más brillantes y concienzudos partidarios de la cooperación y amistad ecuatoriano-estadounidense, el Dr. Emilio Uzcátegui, había sido en su juventud miembro del Partido Socialista (que más tarde se disolvió y acabó por reformarse) cuando éste mantuvo una conversación en su casa, me mostró una copia de la pertenencia al partido socialista durante ese período, de modo que, cuando llegó el momento de que solicitara una visa de visitante a los Estados Unidos, fui el primero en señalar a los funcionarios interesados de la Embajada que él era absolutamente inadmisibile en los Estados Unidos. Sin embargo, también me uní al Dr. Colligan en recomendar con fervor su admisión bajo la novena cláusula. Resulta curioso que el conocimiento de esa lista de miembros del partido me obligó algunos meses después (cuando ya era inadmisibile un aristócrata escondido, inmensamente rico, viejo aristócrata, el coronel LASSO Ascázubi, inmensamente rico, viejo vergonzoso para la Embajada), (*sic*) porque el Coronel Lasso era el tío de Galo PLAZA Lasso, cuya estrella política estaba entonces en ascenso. A través de la representación de la Embajada, obtuvieron la 9ª cláusula en su caso.

Bajo ninguna circunstancia intenté ocultar información que impidiera la admisión de un solicitante de visado. Si un individuo era inadmisibile, declaraba el hecho y, cuando era pertinente, señalaba si, en mi opinión, debían hacerse esfuerzos para asegurar una autorización especial para esta admisión en beneficio de los Estados Unidos. Me habían educado bajo la idea de que una ley debía ser aplicada y que si, a la larga, se consideraba contraria al interés público, sería derogada. Sin embargo, por la misma razón, traté de ser escrupulosamente objetivo al juzgar las inclinaciones políticas y los vínculos de los individuos. Eran días en que la mayoría de los informantes locales calificaban a cualquiera a la derecha de ellos como «comunista». Si se reconocía el mérito de la mayoría de los informantes, las líneas ideológicas estaban bien trazadas, rojas o blancas, y no había sombras entre ellas. Las diversas etiquetas deshonrosas se daban a veces con sinceridad o por ignorancia, con demasiada frecuencia por malicia. Me tomé muy en serio el deber de determinar la verdad en tantos casos como fuera posible. Sentía firmemente que la aplicación indiscriminada y errónea de las disposiciones excluyentes de la ley de inmigración y... en especial, de la adopción de una política cobarde de «jugar a lo seguro» le haría a los Estados Unidos un daño irreparable y negativo a nuestros esfuerzos por construir lazos de amistad con América del Sur. Sobre todo, en el caso de los jóvenes líderes estudiantiles, los futuros líderes potenciales de su país, sentí la obligación moral de asegurarme de que cualquiera que no hubiera dado aún el paso fatal de alinearse con el comunismo, no lo hiciera, me-

diante el conocimiento de primera mano de los Estados Unidos. Tenía la firme convicción (y todavía la tengo) de que nuestro país, nuestro modo de vida y nuestra decencia deben ser vistos como algo que los ciudadanos de la mayoría de los países deben creer.

También me llamaron, junto al Dr. Colligan mientras estaba todavía en Quito y a menudo por mi cuenta después de su partida, para que les aconsejase sobre la admisibilidad bajo las leyes de inmigración de los candidatos a becas o programas de intercambio. Esto lo había aprendido en el transcurso de mi trabajo en la embajada y en el comité. Defendí a todos aquellos con lo que tenía motivos suficientes para creer que habían sido mal etiquetados. Sin embargo, excepto uno (un caso al que volveré) no recuerdo haber tenido problemas con un caso. Si pareció que me establecía en una mejor autoridad en materia de etiquetas ideológicas que otros en la Embajada, lo hice porque, con una o dos excepciones notables, consideré que los funcionarios recién llegados rara vez tenían los antecedentes adecuados para comprender los caprichos de los caracteres latinos (y especialmente los ecuatorianos). Ciertamente, ningún otro tenía mi ventaja de ser completamente bilingüe en la versión ecuatoriana del español. Mi dominio del idioma local, combinado con el hecho de que había estado por mucho tiempo y que en apariencia general tenía pinta de ser un nativo, causaba que se hicieran comentarios en mi presencia o en la audiencia que normalmente nunca se hubieran hecho ante un extranjero, mucho menos ante alguien adscrito a la Embajada. Además, como había venido como colono y quería llevarme bien con los ecuatorianos, hacía tiempo que había desarrollado una aguda sensibilidad a los matices de su pensamiento, sus emociones y sus acciones.

Mi asignación a la sección comercial de la Legación terminó después de unos meses, cuando Alfred T. Nester, Cónsul General en Guayaquil, se convirtió en Encargado de Negocios e hizo que me transfirieran a la sección política, para lo cual pensó que mi conocimiento del país me hacía especialmente cualificado. Le expliqué al Sr. Nester que no tenía contactos políticos preparados porque, como hombre de negocios, los había evitado escrupulosamente, pero él demostró que podía aprovechar el amplio círculo de conocidos de mi suegro, el Dr. Antonio JAEN Morente. El Dr. Jaén, ex diplomático republicano español, historiador y miembro (por la Izquierda Republicana) de las Cortes españolas, había venido al Ecuador en agosto de 1939 para aceptar una cátedra en la Universidad de Quito, para la cual había sido recomendado por un amigo ecuatoriano profranquista conservador. Esta circunstancia lo había colocado en una posición social única, ya que no solo era un símbolo de movilización para los ecuatorianos antifranquistas, sino que se convirtió en una especie de «mascota

republicana» para los elementos profranquistas que disfrutaban mostrando su liberalidad personal al presentarle el debido respeto. El Gobierno de Arroyo, que fue acusado por sus enemigos de ser antidemocrático, lo colmó de privilegios y le dio viajes semioficiales a países para dar conferencias sobre la historia del arte ecuatoriano. Un jesuita había desmentido firmemente la historia lanzada por los representantes de Franco en Quito de que el Dr. Jaén había «quemado los conventos e iglesias de Málaga» en 1936, cuando había sido gobernador civil de esa ciudad. Este sacerdote había declarado favorablemente que era testigo de que la catedral de Málaga y el famoso Colegio del Palo de los jesuitas se habían salvado de la destrucción solo porque el Dr. Jaén había llegado de Madrid en el último momento y, pistola en mano, había hecho retroceder a la multitud prácticamente solo. La Iglesia Católica en Ecuador, en concreto las órdenes de los Franciscanos y los Dominicos, lo trataron como un sabio de renombre y lo entretenían constantemente. La «sociedad» lo aceptó porque sabía lo que merecía por haber salvado las vidas de muchos aristócratas españoles y de notables conservadores como el gran historiador español Menéndez Pidal, durante los primeros días de la guerra civil española. Además, atrajo a los «intelectuales» no solo por su propia reputación como historiador, escritor y orador, sino porque conocerlo aseguró el contacto con sus eminentes amigos y compañeros políticos como Diego MARTÍNEZ Barrio, Álvaro de ALBORNOZ y Fernando de los RIOS, cuando visitaron el Ecuador. En efecto, la relación familiar con el Dr. Jaén sirvió para abrirme unas conexiones que mi anterior y pobre reputación en Ecuador habría mantenido cerradas.

El Sr. Nester me asignó para informarle sobre las actividades falangistas y comunistas en Ecuador. Para la investigación original que emprendí en el campo de las actividades neofalangistas, remito al Departamento a los archivos de 1943-44. Creo que tengo razones suficientes para afirmar que permitieron al Departamento comprender fácilmente el giro que tomó la política ecuatoriana tras el derrocamiento del Gobierno de Arroyo durante la revolución del 28 de mayo de 1945. En el campo de las actividades comunistas, al principio no tuve la suerte de seguir el funcionamiento de los partidos locales que operaban más activamente en Guayaquil y en las provincias costeras. Sin embargo, siguiendo las instrucciones del Sr. Nester, me puse en contacto con un comunista francés, Raymond MERIGUET, que tenía fama de ser el representante local del Komintern. Como ninguno de mis parientes o conocidos sabía quién era, el contacto se hizo a través de mi buen amigo y comiembro del Comité Interaliado, el capitán Pierre Denis, entonces jefe del grupo local de la Francia Libre y ahora ministro francés en Ecuador.

Meriguet finalmente me adoptó como el canal para llevar a la Embajada la línea que esperaba que nos tragáramos, y que yo informé como tal en los Despachos al Departamento. Más tarde me presentó a un líder comunista ecuatoriano, Becerra, el único que conocí personalmente, y que se puso en contacto conmigo después de que el propio Meriguet fuera encarcelado por el Gobierno de Arroyo. Tras la partida del Sr. Nester y hasta que salí de Quito, continué sirviendo como hombre de contacto entre la Embajada y estos individuos, tanto bajo el Embajador Robert M. Scotten como bajo el Encargado de Negocios James W. Gantenbein, a quien siempre informé directamente.

Meriguet no era una buena fuente de información comunista ecuatoriana local. Esto me resultó muy difícil de obtener hasta que conocí a un joven estudiante universitario, Jorge ALMEIDA, un asiduo discípulo de mi suegro que frecuentaba su casa a todas horas. Cuando supe que era muy activo en la política estudiantil, cultivé su conocimiento. Su orgullo por el socialismo «marxista» me interesaba, sobre todo porque hacía poco que había estudiado la instrucción básica del Departamento sobre cómo distinguir entre los diversos «internacionales», y las marcas de socialismo. Esto me había hecho consciente de que los socialistas son a menudo los más amargos enemigos de los comunistas. Almeida era típico de los jóvenes socialistas que pensaban que podían ser más astutos que los comunistas y se convirtió en una fuente inestimable de información sobre las actividades y maniobras comunistas locales, especialmente sobre las tácticas de «frente unido». Todo esto fue debidamente informado por el despacho después de la necesaria comprobación y evaluación a través de otros contactos.

La de Almeida se convertiría en la única solicitud de visado de la que hice una emisión definitiva. Para ser exactos, el asunto implicaba tres solicitudes: la de Almeida y la de dos de sus compañeros, a los que solo había conocido un poco como sus amigos y compañeros socialistas, y cuyos nombres no puedo recordar. Después de la revolución del 28 de mayo de 1945, el nuevo Gobierno recompensó a los tres por sus pequeños papeles como líderes estudiantiles, ofreciéndoles pagar sus pasajes a los Estados Unidos con el fin de estudiar. Para entonces, yo era el vicecónsul que expedía los visados en el puesto, habiendo heredado ese puesto en un momento dado a finales de 1944, con la repentina salida del otro único vicecónsul no comisionado por el FSO. Cuando Almeida y sus amigos solicitaron sus visados, hice la solicitud rutinaria de autorizaciones de seguridad y me sorprendió que no fueran aprobados como «comunistas». Yo personalmente argumenté el caso con la oficina del Agregado Legal, con bastante vehemencia, con la certeza de que el epíteto había sido puesto de

forma gratuita por los agentes de Arroyo o por los derechistas que no podían o no querían hacer ninguna distinción entre socialistas y comunistas. Los amigos de la embajada, al ver que ese sentimiento estaba en alza, sugirieron que sería más prudente abandonar la discusión. Insistí, pensando que sería cobarde de mi parte proteger mi propia piel engañando las esperanzas y ambiciones de un joven, y devolver su colaboración y contribución a mi trabajo lavándome las manos de sus asuntos. Además, creía firmemente que era un líder en potencia al que se le debía dar la oportunidad de ser muy pro americano por su conocimiento personal de mi país. En un interrogatorio minucioso, me convencí de que sus dos compañeros tenían la misma ideología que él, y presentaron personalmente sus casos al Embajador Scotten. El Embajador, que no tenía simpatía por nadie que fuera sospechoso de ser comunista, me hizo el honor de expresar su confianza en mi juicio y de decir que, si estaba personalmente convencido de que los jóvenes en cuestión no eran excluibles bajo ninguna de las disposiciones de las leyes de inmigración, me autorizó a expedir los visados, a pesar del informe de seguridad desfavorable. Lo hice. Dejé Ecuador muy pronto, así que nunca más vi a Almeida o a sus amigos y no he estado en contacto con ellos desde entonces. Me sorprendió, unos meses después, cuando estaba en el Consulado en Windsor, Ontario, el hecho de encontrar una tarjeta de vigilancia en los archivos del Consulado sobre Almeida, enviada después de que la visa fuera emitida. Nunca supe la razón de ello. No sé si Almeida ha cambiado desde entonces sus asociaciones políticas, ni en qué dirección, si es que lo ha hecho. Pero estoy convencido de que tomé la única acción consistente con la honestidad y la conciencia limpia cuando le di la visa en el verano de 1945.

El incidente de Almeida y los sentimientos que había despertado en la oficina aceleraron mi decisión de abandonar el Ecuador, ya sea por traslado dentro del Servicio o por dimisión y traslado a los Estados Unidos. Ya había decidido que, aunque había disfrutado mucho de la vida entre ecuatorianos, mi propia procedencia americana me impedía aceptar que mis hijos crecieran pensando y sintiéndose como ecuatorianos. Mi esposa no solo estaba de acuerdo, sino que, habiéndose encontrado más a gusto con los americanos, quería tener la misma nacionalidad de su esposo y sus hijos. Nunca había sido feliz en el Ecuador, donde, al llegar como refugiada, había sido objeto, por un lado, de familias no deseadas de «intelectuales» de izquierda que, por error, daban por sentado que era una de ellas y que compartía su ideal de Estado socialista. Por otro lado, se había topado con la curiosidad condescendiente —a menudo bienintencionada pero irritante— de las sociedades que consideraban anómalo, por ejemplo, que un español declarado antifranquista asistiera a misa con regularidad. Me

alegró que mi esposa decidiera buscar la ciudadanía americana y yo estaba ansioso por volver a casa lo antes posible para que los trámites de ciudadanía pudieran comenzar.

Durante algún tiempo supe que quería continuar en el Servicio Exterior, pero a medida que pasaba el tiempo comencé a sentir que mis posibilidades de tener una carrera gratificante en el Servicio se reducirían cuanto más tiempo permaneciera en el Ecuador. Esto no era en absoluto cierto en lo más mínimo porque el retraso en la ciudadanía de mi esposa significaba el aplazamiento de cualquier oportunidad de realizar los exámenes para el Servicio Exterior. En principio, creía que mis esfuerzos en la Embajada para interpretar correctamente los caracteres ideológicos de los ecuatorianos, combinados con las circunstancias familiares, me estaban colocando en una luz cada vez más oscura. En el verano de 1945, la mayoría de los oficiales superiores que habían estado en la Legación en Quito cuando fui contratado y que habían tenido fe en mis calificaciones e integridad habían sido reemplazados por recién llegados para los cuales yo era solo un «vicecónsul de visas y pasaportes» que parecía dárselas de entendido. Las actividades de mi suegro no hicieron nada para contrarrestar las sospechas de aquellos que miraban con recelo mi defensa de personas a las que otros llamaban «comunistas». Un orador brillante que amaba la audiencia y los aplausos, un genio de gran corazón que creía casi de manera infantil en la decencia y el desinterés de cualquiera que fuera amable con él, el Dr. Jaén fue indiscriminado al aceptar la invitación para hablar. Mientras tuviera la oportunidad de dirigirse a una audiencia sobre el tema de la República Española a la que había dedicado toda su vida, se subía a cualquier tribuna. Los ecuatorianos, que lo conocían bien, no daban importancia al hecho de que más de una vez se dejaba presentar como una gran atracción en programas con otros oradores menos respetables. Sin embargo, era una fuente de preocupación constante para sus hijas, para mí y para su otro yerno (un español bien establecido en Quito como hombre de negocios) que, a los ojos de personas que no conocían sus antecedentes, el Dr. Jaén (y, por asociación, el resto de la familia) se convirtiera en objeto de sospecha de falta de fiabilidad política. Tales sospechas, todos sentimientos, eran más dolorosas de soportar porque no había nadie intelectual o emocionalmente menos comprensivo con el comunismo y su filosofía que el Dr. Jaén.

Tras intentar varias veces asegurarme las vacaciones en el país de origen o el traslado, y al no haber recibido respuesta del Departamento, decidí hacer una pausa y en agosto de 1945 presenté un memorando informal al consejero de la Embajada, George P. Shaw, en el que explicaba que, dadas las circunstancias, no veía otra solución a mi problema que renunciar. El Sr. Shaw lo consultó con el Embajador Scotten y accedieron a sugerirle al

Departamento que adoptaran una medida inmediata en relación con mi solicitud pendiente de vacaciones en el país de origen. Las órdenes llegaron en cuestión de días y llegamos a los Estados Unidos a principios de octubre. Mi esposa adquirió la nacionalidad y tuvimos la suerte de que nos asignasen al Consulado en Windsor, Ontario. Al otro lado del río de Detroit, prácticamente americana en su forma de vida, Windsor respondió a la necesidad que ambos sentíamos de respirar profundamente la atmósfera americana.

Se me ha pedido que declare si mantuve o no relaciones con personas conocidas o sospechosas de estar afiliadas a actividades comunistas en Ecuador, o si tuve asociaciones con ellas de una naturaleza o en un grado no requerido por mis deberes oficiales. En cuanto a los comunistas reconocidos, respondo categóricamente que no. En cuanto a los sospechosos, solo puedo referirme a la larga exposición que he hecho aquí de lo que «sospecha» de comunismo constituía en Quito durante tiempo que estuve de servicio en la Embajada.

Se me ha pedido que exponga mi actitud general hacia el Partido Comunista o los grupos políticos en Ecuador durante el período en cuestión. Este «período» se divide en dos partes muy desiguales: el que transcurre entre mi servicio en la Embajada (1 de julio de 1942) y la revolución del 28 de mayo de 1945, y el que transcurre entre la revolución y mi partida en los primeros días de octubre de 1945.

Antes de la revolución del 28 de mayo, el número de comunistas en Quito era insignificante, y no recuerdo a ninguno entre mis amigos o conocidos. No tengo ninguna duda de que era posible que hubiera comunistas que no conocía en alguna de las diversas organizaciones proaliadas que copatrocinaban manifestaciones y obras de caridad de los aliados. Los comunistas conocidos fueron severamente reprimidos por el gobierno de Arroyo y no recuerdo la existencia de ningún grupo comunista o «frente» reconocible. Definitivamente no tenía ningún contacto con el partido comunista y solo tenía contactos oficiales con sus líderes como ya he descrito. No tenía ninguna conexión personal privada con el Partido Comunista ni con ningún grupo del frente. A nivel oficial, yo estaba entre los representantes de la embajada en este y aquel mitin, que siempre estaba patrocinado por un número de personas fácilmente reconocible. Al final, resultó ser un espectáculo dominado por los comunistas. Esta fue la celebración de la victoria en Stalingrado, en la que ocupé un palco oficial en un teatro con otros funcionarios de la embajada, cerca de otros palcos tomados por representantes de diferentes misiones aliadas.

El comunismo en el área de Quito, antes del 28 de mayo de 1945, era para mí —principalmente— una de mis tareas de información, un tema sobre el que, en el curso del trabajo, me mantuve atento por su potencial más que por su importancia inmediata. No recuerdo haberme permitido nunca una discusión filosófica sobre el comunismo. La conversación de los «intelectuales» socialistas ecuatorianos siempre me había aburrido porque saboreaba un idealismo inútil, alejado de las realidades de la naturaleza humana. A riesgo de exponerme como falto de curiosidad intelectual, debo admitir que solo eso consiguió que me desanimase y que ni siquiera fuese capaz de mirar los libros de Marx, Engels o cualquier otro de su escuela.

El poco tiempo que me quedaba para las actividades intelectuales, aparte de la pesada agenda de trabajo de la Embajada y el Comité de Coordinación, lo dedicaba a estudiar la tradición popular y los patrones culturales de los indios, sobre los que había empezado a escribir un libro. Estos estudios no estaban calculados para hacerme simpatizar con los ecuatorianos o con otros izquierdistas. En el transcurso de la gestión de una pequeña granja al norte de Quito y de la operación de un negocio que atendía en gran medida a un comercio minorista indio y mestizo, había llegado a preguntarme si la tan mencionada «escuela de Quito» de escritores no era, en realidad, una fuente superficial de información poco fiable sobre la vida y las emociones de unas tres cuartas partes de los habitantes del Ecuador, los indios. Comencé a sospechar que estos talentosos autores habían encontrado un camino fácil y se mantenían hacia la fama al incorporar tramas, pasiones y situaciones «proletarias» europeas y americanas con conciencia de clase en el medio rural ecuatoriano y al traducirlas de manera sencilla al idioma local. Con el aliento de los antropólogos estadounidenses para los que había hecho algunas investigaciones locales antes de la guerra, durante algún tiempo había estado poniendo a prueba mis teorías y terminé por convencerme de que los autoproclamados intelectuales y escritores locales estaban ayudando a aplazar la solución del «problema indio» las autoridades y los portavoces de los indios estaban sentando una base falsa para cualquier futuro esfuerzo deliberado por resolver el problema indio. Cuando mis estudios habían progresado lo suficiente, di una serie de conferencias (alrededor de 1944) en la Universidad de Quito en las que esperaba que apuntara la guerra por el estudio objetivo de los indios por los ecuatorianos y estimulara los procesos mentales de los autores que pretendían «pensar». En cambio, encontré a los escritores e «intelectuales» divertidos y condescendientes hacia este extranjero que tenía la presunción de pensar que sabía algo sobre uno de sus temas favoritos. Mis charlas fueron consideradas brillantes e instructivas solo por parte de la prensa con-

servadora de Quito. Los resultados de estos estudios fueron plasmados en un libro que fue aprobado por el Departamento y que ganó una «Mención de Honor» en un «Concurso de Libros del Servicio Exterior» dirigido por la John Day Company, aunque nunca se ha publicado.

El papel de la Unión Soviética en la guerra y en la paz venidera fue un tema de gran controversia entre los americanos en Quito. Tenía muchos sentimientos sobre el tema y los expresaba a menudo. Nuestros comunicados de prensa, los discursos del presidente y las directivas del Departamento destacaban el tema de la unidad aliada y yo creía que ningún americano patriótico tenía derecho a mostrar ninguna reserva con respecto a dicha unidad. Consideraba que discutir la capacidad de nuestro sistema democrático para vivir codo con codo en el mismo mundo con el comunismo era confundir el tema y a menudo daba a conocer mis sentimientos a estos efectos, en particular a los locales y visitantes al respecto, (que eran bastante numerosos) que decían a cualquiera que quisiera escuchar que, tan pronto como hubiéramos acabado con Hitler, tendríamos que enfrentarnos a Rusia. Me pareció que este tipo de comentario era prácticamente una traición a los Estados Unidos, porque perjudicaba nuestro esfuerzo bélico y hacía que todos nuestros pronunciamientos oficiales parecieran hipócritas. Mis contactos locales pusieron de manifiesto que los enemigos de los Estados Unidos insistían en que nuestra política de «buena vecindad» era una farsa y que se alegraban de poder desacreditar su sinceridad señalando cualquier evidencia disponible, en otras esferas, de que los americanos decían una cosa mientras pensaban otra. Defendí incondicionalmente a nuestra aliada Rusia, considerando irrelevante que yo mismo no tuviera una inclinación de carácter hacia el comunismo y que el pensamiento de la «guerra de clases» me enfermara físicamente. También quería creer que la guerra no tiene por qué venir seguida de otra y, mientras estuve en Ecuador, así lo creí.

La revolución ecuatoriana del 28 de mayo situó al comunismo local en un nuevo plano. Fue llevada a cabo por el «Frente Unido» el cual incorporó grupos políticos de la extrema izquierda a la extrema derecha. Cuando terminó, el excéntrico VELASCO Ibarra se convirtió en presidente, y formó un gabinete que incluía a un neofalangista, Camilo PONCE, y a un demagogo oportunista, GUEVARA Moreno. Guevara astutamente creó un grupo de seguidores, literalmente de la nada, presentándose como la única persona que podía salvar a Velasco de la insidiosa influencia del «reaccionario» Ponce. Animaba y protegía a los comunistas, lo que provocó una oleada hacia el Partido Comunista que no fue diferente en cuanto a la intensidad a la que tuvo lugar en la Francia posterior a la Liberación. Solo conozco a un amigo mío que participó en esa carrera. Su obra vino de un

gran corazón desbordante de amor por los pobres. Sus acciones personales podrían haber sido llamadas las de un místico cristiano, excepto que el pensamiento de mis esfuerzos por difundirlo había comenzado a subir finalmente; en parte a través de mis esfuerzos por darlo a conocer a los críticos de arte visitantes, la escalera de la fama; en el proceso había comenzado a pensar que tenía una «misión social» para representar el sufrimiento de las «masas oprimidas». Con otros amigos americanos, había tratado de desviarlo de este tipo de pensamiento en pro de una visión más comercial y madura de los propósitos del arte. Supongo que era inevitable, en vista de su carácter e inmadurez, que se viera atrapado en las prisas por unirse al Partido Comunista: me anunció su acción como si hubiera encontrado las llaves del Paraíso. Afortunadamente, me fui de Ecuador al poco después del incidente que él nunca tuvo que saber que nuestras dos familias no podrían haber continuado su amistad.

Mis sentimientos hacia el cada vez mayor Partido Comunista de Ecuador, después de la revolución, se cristalizaron muy deprisa en una mezcla de consternación y desesperación. Consternación, porque pensé en la cantidad de jóvenes fanáticos, como mi amigo el artista, que en esa precipitada búsqueda por conseguir un carnet del Partido nos privó (a los Estados Unidos) de la oportunidad de mostrarles nuestra propia cara, porque se habían excluido forzosamente de nuestro país. Desesperación, porque me pareció que solo un milagro, en forma de un aumento sin precedentes del espíritu público y del liderazgo constructivo, podía contener a los comunistas e impedir que se apoderaran del país. La vieja aristocracia, que gobernaba el país, era arcaica. El ejército, que periódicamente tomaba las riendas del gobierno, nunca parecía resolver nada. Los herederos de las tradiciones católicas estaban divididos y, la rama de la derecha que miraba hacia Argentina y odiaba a los Estados Unidos parecía tener la ventaja de una determinación fanática. Los Liberales eran en gran parte una masa de individuos demasiado corruptos sin sentido de la obligación excepto con ellos mismos y sus relaciones. Los socialistas parecían en su mayoría jóvenes a medias y pseudointelectuales ineficaces, con algunos idealistas sinceros. Una muy citada dirigente socialista, en medio de una exposición sobre cómo su partido podía salvar el país, descartó con impaciencia una pregunta mía sobre el lugar que ocupaban los indios en su esquema, con la observación: «Los indios no son personas» Demasiados ecuatorianos, como ella, no parecen darse cuenta de que los indios son pacientes oportunistas que, el día que se convenzan de que hay una fuerza o grupo político que puede ayudarles a derrocar a las clases que ahora están en la cima, acudirán a ella. Por experiencia personal, sé que las personas de las que menos desconfían los indios son los extranjeros que, según ellos, no han «nacido»

con prejuicios contra ellos. Las posibilidades que esta circunstancia ofrece a los astutos agentes del comunismo mundial me horrorizaron. A menudo expresé el temor a los íntimos en la Embajada de Quito, y hoy me abruma, que la inclinación de las clases medias y altas latinoamericanas por el peronismo, su falta de voluntad para afrontar la necesidad de desarrollar todos los sectores de la población y la vulnerabilidad de las masas indias y de color ante el comunismo hacen de la América española un potencial barril de pólvora en nuestra propia puerta trasera en caso de una posible guerra mundial en la que Estados Unidos y la Unión Soviética deberían estar en campos opuestos.

En mi opinión, mi archivo personal contiene un recorte del diario de Quito, *LA PATRIA*, de uno de los primeros días de octubre de 1945. Me lo dio el único amigo, aparte de la familia y algunos antiguos sirvientes indios, que había venido a despedirnos cuando subimos al avión hacia los Estados Unidos. El amigo era el Dr. Manuel María POLIT Moreno, pastor de la iglesia de El Belén, donde me había casado y el lugar en el que mis hijos habían sido bautizados y mi esposa había asistido a misa. El Dr. Polit era el sobrino formado en el Vaticano por un ex arzobispo de Quito y uno de los líderes del Partido Conservador Ecuatoriano. Era el conservador más temido por el régimen de Arroyo, por su sagacidad política, y además dirigía el órgano oficial del partido, *LA PATRIA*, aunque su hermano Eduardo figura como editor titular y él solo como «asesor religioso». Después de mi matrimonio, se había convertido en el amigo más cercano de la familia y pasaba al menos una noche a la semana en nuestra casa, proporcionándome, por cierto, algunos de mis más valiosos rumores políticos locales. El periódico que me dio el Dr. Polit había publicado en primera página un artículo de despedida a mi esposa y a mí, que contenía declaraciones halagadoras sobre nuestra comprensión y amistad con el Ecuador. Si hubiera algo de verdad en los informes críticos sobre mis simpatías y actividades en el Ecuador, sería irónico que la salida del país de un protestante como se hubiese criticado de forma pública solo por el órgano oficial de la derecha católica, uno de cuyos líderes me conocía mejor que nadie durante mis últimos cuatro años en Quito.

NOTA: Cualquier error en las fechas y en la ortografía de los nombres debe atribuirse al hecho de que no tengo notas escritas sobre mi vida en el Ecuador y por lo tanto he elaborado estas declaraciones de memoria. Cualquier error que se me haya escapado no invalida en absoluto la realidad de mis palabras.

2. ¿Es usted o ha sido alguna vez miembro, afiliado o ha colaborado con el Partido Comunista o cualquier organización que sirva como un frente para el Partido Comunista o que esté controlada por el mismo? Si es así, explíquese a fondo.

No soy ni he sido nunca miembro, afiliado o asociado con el Partido Comunista o cualquier organización que sea un frente o que esté controlada por el Partido Comunista.

3. ¿Ha creído o apoyado alguna vez las ideas y políticas del Partido Comunista o de cualquier organización que sea un frente para el Partido Comunista o que esté controlada por el mismo?

Nunca he creído o apoyado ni las ideas ni las políticas del Partido Comunista o de cualquier organización que sea un frente para el Partido Comunista o que esté controlada por el mismo.

4. ¿Ha contribuido alguna vez con su tiempo, talento o dinero en alguna actividad patrocinada por el Partido Comunista o que esté vinculada al mismo?

Nunca he contribuido con tiempo, talento o dinero a ninguna actividad que sepa que está financiada por el Partido Comunista o que esté vinculado al mismo.



